el pobre padre famélico y estenuado de miseria, que se quitó de su boca el último pedazo de pan por darlo á uno de sus pequeñuelos, llora de desesperacion, no por su hambre propia, sino por la de sus hijos, á que él no puede atender.

Y este desgraciado padre no es holgazan, ni ménos un imbécil; es un hombre honrado, laborioso, inteligente, que no encuentra donde trabajar, y es español como nosotros, de carne y hueso, y de la misma masa y raza que nosotros, con los mismos deberes y derechos que nosotros.

Y no se crea que esto sea algun caso que otro, ó mucho ménos una ficcion ó cosa de fantasía. Sin salir de Madrid han vivido en está desesperacion durante el invierno que ha pasado, y aun están viviendo, mas de quinientas familias de albañiles y carpinteros, y mas de cien cajistas de imprenta.

Conforme les acontece á estos millares de personas, podria sucederles á estos señores *economistas de tripallena*. ¿Les pareceria entónces bazofia la sopa de los conventos? ¿Se atreverian á burlarse de ella?

CAPITULO IV.

DIFERENCIA ENTRE LA POBREZA Y LA PORQUERÍA.

Un refran muy comun entre nuestros honrados jornaleros, dice:

La pobreza Dios la amó
pero á la porquería no.

Será muy posible que alguna persona melindrosa me eche en cara el usar la palabra *porquería*, como poco culta y decente. Pero ella es palabra castiza, de uso corriente, castellana neta y muy gráfica. No solamente el anterior refran, sino otros varios contienen esta palabra. ¿Qué me costaria decir suciedad, desaseo, falta de limpieza, ú otra palabra análoga? Pero estas no tienen la energía de aquella. Con esos melindres tontos se va empobreciendo nuestro lenguaje. Hay ya mas de veinte palabras que apénas se

los muebles están en su lugar; las ropas de la cama son pobres y de groseras telas, pero blancas y limpias; conócense los dobleces que les dió una mano cuidadosa al encerrarlas en el arca de donde se acaban de sacar. Yo que no quise acostarme en el rico pero sucio lecho del solteron opulento, me acuesto sin reparo en aquel pobre lecho que me ofrecen aquellos campesinos pobres, limpios y humildes.

Esto no es una égloga, es una realidad. Hay ricos limpios y campesinos y campesinas zafios y sucios; pero tambien hay ricos muy sucios y campesinos y campesinas muy limpios. Luego una cosa es la pobreza y otra cosa es la limpieza. Con todo, las gentes opulentas y acostumbradas á llevar una vida sibarítica confunden por lo comun una cosa con otra.

Dad á una señora rica y elegante la camisa nueva y limpia de la campesina, de tela grosera y barata, bien cosida y sin estrenar, y dirá al punto: ¡Qué porquería! ¿Yo habia de ponerme esa camisa? Dadle á un sibarita gloton el pobre pero limpio y sazonado puchero del campesino, y dirá: ¡Qué porquería! ¿Yo habia de comer eso? ¡Qué bestias son en este país! ¡¡No entienden palabra de cocina!!

No há muchos años que á un opulento cortesano, siempre gruñon y descontento de su coci-

nero, le dió una leccion su señora tomando un pedazo de pan moreno que habia traido una pobre parienta suya montañesa que vino á visitarle.—¡Mira el pan, le dijo, con que se contenta tu hermana! De la misma carne eres que ella, y de chico no comias otra cosa. Podria aquel caballero afrentar la casa de sus padres y de sus hermanos, diciendo á vista de aquel pan moreno y casi negruzco:—¡Qué porquería! Entónces su hermana y su familia hubieran podido responderle:—Acuérdate que por espacio de muchos años te criaste con esa porquería.

¡A cuántas docenas de excelentísimos é ilustrísimos señores, ministros, ex-ministros, senadores y banqueros, que ayer entraron en Madrid *terciados* sobre la mula de un maragato entre dos fardos de cuero ó de garbanzos, y hoy tienen coche, palacios, grandes cruces, títulos y excelencias, por doce conceptos se les podria decir: —¡Vuecencia se crió entre porquería!

Es seguro que ese excelentísimo *frailífobo*, economista de tripa llena, responderia muy enfadado:—Yo me crié entre pobreza, pero no entre porquería: la pobreza no me afrenta, la porquería sí.

La pobreza Dios la amó,
pero á la porquería no.

¡Oh, sí, Dios amó la pobr eza!

Pudo nacer en el mejor palacio del mundo y con todo prefirió un establo. Pudo nacer hijo de cualquiera de aquellos emperadores ante quienes *muda se postró la tierra,* y prefirió ser hijo de una pobre costurera y tener por padre putativo á un carpintero. Pudo tener riquezas y tesoros mayores que los de Creso, y con todo eso fué pobre, pobrísimo. Solamente los necios se avergüenzan de que sus mayores fuesen pobres; pero nadie hace alarde de haber sido criado entre inmundicia.

Del mismo Jesus sabemos rasgos de limpieza en medio de su pobreza: el lavatorio de sus discípulos es uno de ellos. Quejóse en casa del rico fariseo porque no le habian dado agua para lavar sus piés segun era costumbre.

¿Por qué, pues, al hablar de los frailes se los ha de llamar sucios porque fueran pobres? ¿Por qué se los ha de juzgar con esa falsa medida de los melindres y de las preocupaciones mundanas? ¿Por qué al visitar los monasterios antiguos ha de haber en sus malignos visitadores dos medidas falsas, dos pesos infieles para apreciar aquella vida?

En efecto, si ven allí alguna cosa pobre, exclaman: ¡qué porquería! Si ven algun objeto de riqueza, de aseo, algo que revele limpieza, exclaman por el contrario: ¡Qué regalones, qué comodones eran los tales frailes!

En resúmen, la llamada bazofia de los conventos, por denigrar el acto de dar la comida sobrante, era por lo comun nada mas que un antojo de los maldicientes, que ni la habian probado, ni siquiera visto.

Esta cuestion es relativa y no puede fallarse de un modo absoluto como la han fallado los *frailífobos* y economistas modernos. Lo que para un hombre honrado de la clase média es limpieza y curiosidad, para un rico es porquería y cosa insoportable; y lo que apénas podria comer una persona de la clase média, es manjar riquísimo y sabroso para el pobre y el mendigo que logra entrar con ocho cuartos en un figon ó una taberna. Ahora bien; la sopa de los conventos no era para los ricos ni para la clase média, sino para pobres, pobrísimos y famélicos, y cuyo paladar, acostumbrado á peores manjares, hallaba deliciosos aquellos residuos de una mesa pobre.

atreve uno á pronunciar por no ver aparecer una sonrisa estúpida en los labios de un majadero malicioso y corrompido. Si con melindres ridículos se viene haciendo gestos desdeñosos á las palabras castizas que tienen significaciones de cosas záfias y repugnantes y á veces malignas y abusivas, dentro de poco apénas podrémos hablar en castellano.

Consolémonos con que ya ni aun las mujeres dicen *advertir*, sino *apercibir* y *desapercibido*, como si fueran curiales, y la jerga alemanisca tiene asesinados á los verbos *hacer*, *cumplir* y *ejecutar* por mano de su estridente y estúpido *realizar*, aplicado indistintamente á todo.

Dejando, pues, á un lado esta vindicacion preliminar (ó salvedades, segun los traductores de á veinte reales pliego), necesaria para lo que se llama en castellano *curarse en salud*, y manifestar las razones por que se usa y debe usar la palabra *porquería*, vamos á deslindar la diferencia entre ésta y la pobreza.

Que los frailes eran pobres y debian serlo, es cosa corriente y sabida. Algunos se titulaban pobres, como los ya citados padres escolapios. Hermanos de los pobres se titulan otras de que hablarémos luego. Algunos pasaban mas adelante y se apellidaban no solamente *pobres*, sino *mendigos* y *mendicantes*, y de hecho mendigaban

de puerta en puerta (*ostiatim*) llegando á este último grado de la pobreza, que es, por decirlo así, la *pobreza de la pobreza*. Habia las Ordenes que se llamaban *mendicantes*. Padre de ellos era el hijo de un comerciante de Asis, á quien la Iglesia justamente equiparó á los serafines por su ardiente caridad, siquiera el novelista Renan en su *romance*..... de ciego, sobre la vida de Jesucristo, le haya calificado poco ménos que de imbécil, y á Santa Tesesa de *histérica*.

No eran las órdenes monásticas pobres, muy pobres, precisamente del siglo XIII: ántes de aquella época habian existido monasterios que vivian en gran austeridad y pobreza. No necesito descender á probarlo, porque es una verdad histórica trivial. Pero los institutos mendicantes principiaron en el siglo XIII, y desde entónces comenzó la distincion entre monjes y frailes. Unos y otros vivian á veces en magníficos edificios; tenian suntuosos templos y aun quizá pingües rentas para el culto y para los pobres; pero ellos eran los que ménos participaban de aquellas rentas.

Quizá alguno leerá esto con desdén, y se sonreirá con aire de compasion. Pues bien: digo sobre esto lo que dije sobre la sopa en el artículo anterior:—¿Lo han visto vds., ó hablan por boca de ganso? ¿Quieren vds. verlo? ¿Han visitado vds. algun monasterio de la Trapa?

Hoy es cosa muy fácil. En Francia hay 30 monasterios de trapenses: en Bélgica 5: [1] en Argel hay ya varios: está cerca de la ciudad misma el célebre monasterio de Estaobeli. Si quieren vds. ver cómo se concilian la pobreza y la austeridad llevada al mas alto grado de rigor dentro de edificios suntuosos y en comunidades ricas, pueden vds. hacer allí una visita, y pasar, siquiera una semana, comiendo lo que comen aquellos monjes. Allí estuvo el Emperador Napoleon III: lo halló todo muy limpio: solo que no le gustaron las legumbres aderezadas sin aceite, sal ni manteca, cosas que los monjes comunmente no usan. Lo mismo nos sucederia á nosotros, y eso que el edificio es grandioso.

Pero la comida era limpia: el comedor ó refectorio estaba muy aseado: el monasterio es rico: los monjes son los primeros agricultores de la Argelia, sostienen un centenar de trabajadores, y ellos mismos trabajan como cualquier jornalero, ó más. El valor del monasterio y su capital es ya de algunos millones, y da de comer diariamente á no pocos pobres, ademas de los jornaleros; y suelen dar á los pobres las frutas que los monjes cultivan, y que apénas comen estos, por

1 Tengo á la vista el estado que se publicó el año de 1864. El número de trapenses de ambos sexos era en aquel año de unos 3000.

ser demasiado delicadas. Allí hay riqueza, y los monjes son pobrísimos y comen..... ya lo han oído vds., acelgas, coles, y otras verduras y legumbres, sin aceite, ni sal; pescado raras veces, carne nunca. Allí hay á la vez *riqueza, pobreza y limpieza.*

Otros monasterios eran pobres de rentas y de trato: tal sucedió á los capuchinos, que eran y son pobrísimos, y con todo limpios, muy limpios; y se citaban y citan como modelos de suma pobreza con suma limpieza. Es verdad que el novelista Pigault Lebrun, en sus indecentes é impías novelas, traducidas y publicadas en castellano á fines del reinado de Fernando VII, los presentó en caricatura y como hombres sucios, hipócritas y lascivos. Sin acudir á aquel novelista sucio, inmoral é impío, y padre de toda la canalla de novelistas súcios, inmorales y bribones que han venido siguiendo sus pasos, teniamos en España á los parásitos que comian á la mesa de Godoy, donde solian recitarse tambien de sobremesa los epigramas mas obscenos, en que no pocas veces hacian el gasto los pobres capuchinos. Estos epigramas, tan obscenos como impíos, han llegado hasta nosotros, y andan de boca en boca entre los literatos.

Si mis lectores los saben, hagan por olvidarlos; si no, básteles saber que eran de lo mas inmoral é

impío que se ha compuesto en castellano; y con todo, algunos de ellos se atribuyen á una de las principales señoras de la corte.

La verdad es que cada uno escribe segun lo que es. Manzoni, en su lindísima novela *Los novios* (*I promessi sponsi*), presenta un capuchino, que es el verdadero tipo del mendicante, fraile que interesa en sumo grado y cuya descripcion hace brotar lágrimas de ternura. Pigault Lebrun, inmoral é impío, metido siempre entre bribones y bribonas, escribia como lo que era. Las arpías manchaban con su contacto cuanto llegaban á tocar, por cándido, hermoso, rico y elegante que fuera. Así son los impíos y los hombres inmorales.

Aquel refran castellano—*piensa el ladron que todos son de su condicion*—es una gran verdad.

A una novela indecente podria oponer otra novela piadosa, lindísima, y verdadera joya en su género. Pero yo prefiero oponer otra clase de contestaciones mas sólidas; la de Santo Tomás, *¡ver y creer!* Al argumento de los conventos sucios y de las comidas sucias, sin pruebas ni datos, opongo la contestacion de los conventos que hoy existen y que son pobres, pero limpios. No cito con muertos, sino con vivos; no aduzco declamaciones, sino hechos que se pueden comprobar.

Pero entrémos ya en otra serie de observaciones sobre la pobreza y la porquería; verdades de esas que con ser obvias se suelen olvidar con frecuencia, y que á mí, amante de la verdad y de la claridad compañera suya, me place exponer con toda lisura. A mí me gusta el agua clara: dejo á los filosofastros y germanólogos desayunarse con su *agua de fregar*.

Puede haber riqueza con porquería; puede haber, y de hecho se halla muchas veces, pobreza con limpieza; pero puede haber, y por desgracia hay con frecuencia, sugetos que confunden la pobreza con la porquería, y que todo lo pobre lo reputan sucio. Para estos, siendo toda pobreza sucia, y teniendo que ser los frailes naturalmente pobres, sacan la consecuencia de que tienen que ser sucios. Bajo este concepto, cuando San Ignacio de Loyola era militar, y San Francisco de Borja grande de España, debian de ser seguramente limpios, porque eran ricos. Pero en el momento en que se hicieron pobres por *Jesucristo*, tuvieron que ser sucios. Triste condicion de la virtud y grande realce para el vicio, porque generalmente la virtud es pobre, y por el contrario el vicio es rico; ó por mejor decir, la riqueza es viciosa.

Yo entro en una habitacion magnífica: es de un solteron opulento. El suelo está cubierto de riquísima y tupida alfombra, las colgaduras son de

damasco, la sillería de terciopelo. Los relojes, candelabros y otros utensilios, todos son de bronce, plata y oro macizo. Pero por de pronto hay allí una atmósfera corrompida y nauseabunda: la noche anterior hubo allí una orgía: las botellas de *champagne* fueron rodando por el suelo, la alfombra está manchada, hay dos sillas rotas, un candelabro caido; el reloj tiene roto el fanal: los de la merienda han escupido por todas partes, el suelo está lleno de ceniza de cigarros y de manchas de vino derramado. Todo lo que hay allí es riquísimo; vale quizá lo que hay en aquella habitacion mas de diez mil duros. Con ello serian felicísimas diez familias de labradores. Pues bien; aquello es rico, muy rico, pero sucio, muy sucio. Si el dueño de la habitacion, viendo que tengo necesidad de dormir, me quiere obsequiar ofreciéndome su propio magnífico lecho, que está por el estilo de su habitacion; cama riquísima de bronce dorado, con soberbia colgadura, sábanas de holanda, donde él ha dormido, riquísima colcha, pero todo en desórden, como el resto de la habitacion, le daré las gracias, pero no me acostaré en aquella cama ni con botas y pantalon. Todo es muy rico, pero está sucio.

Lo que sucede en el cuarto del rico solteron sucede en el gabinete de la mujer de mundo, y no pocas veces. Los vestidos andan por encima

de las sillas, las joyas tiradas por el suelo, un sombrero encima del velador, una zapatilla bordada y sucia encima de una mesa. Un cuarto de señora en tal estado de desórden, revela desde luego que pertenece á una mujer rica, pero que no vive como Dios manda, y que le ha costado poco el ganarlo.

Pido un vaso de agua, y la doncella trae una copa riquísima de oro en una bandeja del mismo metal, con todo el servicio completo de azúcar, licor, etc., para un *verre d'eau*. Pero la copa está sin limpiar; la señora me sirve un terron de azúcar con sus dedos, y sobre el agua veo flotar insectos y cuerpos extraños: todo aquello es muy rico, pero muy sucio: ó no bebo el agua, ó la paso en poca cantidad y con repugnancia.

Al dia siguiente, yendo por el campo, una pobre campesina tostada del sol, pero bien peinada y lavada, con ropas toscas y groseras, pero limpias, sin ninguna mancha ni rotura, me ofrece un vaso de agua tomado de una fuente que brota bajo una peña: el vaso es de vidrio, pero lo veo lavar en el arroyo con gran esmero; no tengo un terron de azúcar ni una gota de aguardiente para el agua, pero la bebo muy á gusto: allí todo es pobre, pero limpio.

Estoy cansado y aquellas pobres gentes campesinas me ofrecen un cuarto pobre, pero limpio;